

Trens....

Del camí:

El tren n'espera un altre. Fins al silenci de la deserta estació, arriba el toc de difunts. Camps de blats i espigat a l'entorn. Verdor de vinyes serpentejant per les feixes granades. Un passarell broda la seva alegria a l'acàcia en èxtasi vegetal. Toquen a morts. La tarda, cau, perfumada de ginebra. Les campanes han emmudit. Arriba l'altre tren. Partim. El cant del passarell s'esvaeix de seguida. Es perd entre l'oneig suavíssim del blat ufanós i la immòbil verdor de les vinyes, harmònicament afilerades...

Pintura:

El maquinista i el fogai-ner, envermellits pel flammareig de la fornada de l'express, semblaven, en passar, figures arrencades de «La fragua de Vulcano» de Velazquez...

De viatge:

El tren va de gom a gom. Un passatger, que seu davant meu agafa un infant que viatja dempeus i s'el posa damunt dels genolls. Poc després, tots dos dormen. L'home somriu: dolçament contagiats dels somnis del menut?

Mentre corre el tren...

Arriba, fins a nosaltres, l'ampla nota coral de l'adeu llençat per un estol de vailets, com la vibració vivíssima d'una corda d'arpa perdent-se enllà del monóton sotraqueig metàl·lic de les rodes del vagó.

Tomàs Roig Llop



EN LA ROSA DE LOS VIENTOS, DESMAYO LA «TRAMUNTANA»

No ha soplado este año la «tramuntana» ni con asiduidad ni con su ímpetu de costumbre. Ausente o sin fuerza, no ha conseguido barrer la lluvia pertinaz, que, sin trabas, embebió campos y caminos. Sin «tramuntana» el Ampurdán pierde algo de sí mismo. Es su viento, su viento específico y característico, que sabe abrazar como ningún otro todo su feudo, completo.

Tras los montes, —de ahí su nombre—, se arremolina, salta las sierras, corretea en el llano y juega en la playa, sin dejar un palmo de terreno a salvo de sus bufidos.

¡Viento del Ampurdán, alambique del aire, fragua de comedimientos, acero de arriesgadas locuras!

Viento común de toda la región, es, no obstante, distinto su influjo en el monte o en el litoral.

En los hogares montañeses llamea la blanda encina y destila perfumes el pino verde. Las ovejas se aprietan en los rediles. Los viejos pastores, cerca del fuego, callan o hablan de brujas; es lo mismo. La «tramuntana» tejió su mito y su leyenda en los altos bosques, en los castillos olvidados, en lo vivo y en las ruinas. El viento llama en las ventanas, crujen los maderos de las puertas. ¡No abrir! La «tramuntana» azota los malos espíritus, les obliga a dejar sus guaridas, les hostiga, pierden norte y rumbo, van a la deriva. ¡No abrir!

¿Y, si fuera un caminante? Su mano encontraría la aldaba, la aldaba de forja, en el lomo de la puerta. ¡No abrir!

Mañana estará el cielo limpio, los caminos sin polvo, brillantes de cuarzo pulido. Calmosamente, el pastor más viejo enciende su pipa con un tizón que apartó de la lumbre. Por la chimenea cae una lluvia de hollín. Lluvia negra. Y una bocanada de humo, humo negro, rezuma del alcabor. El puchero es también negro. El puchero de las sopas de pan y ajo; blancas.

Blancas como los caballos blancos de la mar en las fajas costeras,

Los caballos corvetean al viento, y las grandes barcas no se atreven a desafiarlos. Los viejos lobos de mar huelgan. El pequeño pescador busca su cala recoleta y, atrevido, zambulle en el agua sus aparejos. Sonríe. Luego volverá por la suerte. En la taberna le esperan sus compañeros. Pasa por su casa primero y recoge el frugal almuerzo. En la tasca, el porrón de vino oscuro. Humareda

de tabaco negro. La «tramuntana» en la costa no es embrujo ni misterio. Vendabal molesto, pero querido. Limpia de sal y despeja la cabeza. Incita al canto. ¡Ah, las viejas habaneras, que ya se pierden...! Recuerdos de Cuba, tintineo de oro, ajorcas de mulattas bellas, los palmares se mecen, y cruzan los mares las albas velas. Goletas y bergantines contruídos en nuestros puertos reviven en la memoria. Aquellos tiempos... ¡La aventura de América...! Aventura tan cuajada de gestas, como para olvidar el retorno, la novia que quedó en el puerto.

«Conchita me has olvidado
y tu amor se lo ha llevado el viento.
Ayer, ayer con su aliento,
se calmó, se calmó mi dolor,
mi dolor...»

La «tramuntana» incita al canto. No es el levante traidor, no es amago de temporales ni de naufragios. La «tramuntana», en el mar, es la voz del pastor que arrulla a la verde sirena. Es alivio a la humedad, al salobre. Es limpieza y es barrido. Es optimismo.

Misterio y embrujo en el monte, claridad en la playa. Mito allá, y acá cristal. Deserción que no olvidaron las cumbres; pero, en el valle, florecieron azucenas.

Si en el monte castañea enfurecido el roble con los dientes de sus hojas, si el madroño se enciende de roja ira, en el mar suelta su cabellera el tamarindo y los pinos de las rocas entrecruzan sus acículas en deleitoso juego de niños.

El pastor, junto al fuego, calla, hosco. el marinero canta.

Pero por doquier, sea en el mar, sea en la montaña más alta, se cierran todas las puertas, cuando sopla la «tramuntana». Y se cierra también la casa del Señor; pero sus aldabas son franquicia. Sólo en el Ampurdán nos es dado el oír la voz del hierro, pidiendo paso a la mansión de Dios.

La «tramuntana» enfurecida sopló en la forja, se rizaron los hierros, dragones, cabezotas o simples anillas cuajaron en aldabas. Muralla y puente. Puente siempre a la buena voluntad.

Con nostalgia de atmósferas limpias, con nostalgia de «tramuntana», húmeda la tierra, saturado el corazón de lluvias he hilvanado mi canto de añoranza al cierzo que este año desmayó en la rosa de los vientos.

L. d'Andraitx